

ben dulzura y alivio con el amor de Dios y la esperanza del cielo. Así lo han testificado muchos Santos, en especial Santa Catalina de Sena, de quien leemos que miraba como amargas las dulzuras de la tierra, y dulces las amarguras. Si bien se considera, en la cruz está la verdadera dulzura, el verdadero gozo, el verdadero consuelo y la alegría verdadera. Abrazadla, cristianos míos; abrazadla por amor de Dios y veréis por experiencia que, aun siendo las tribulaciones las mismas, padeceréis menos, tal vez con placer, y siempre con grande mérito, y corona y gloria en esta y en la otra vida, por los siglos de los siglos. Amén.

## HOMILÍA 2.<sup>a</sup>

### Para el Domingo IV después de Pentecostés.

#### Modo de soportar los padecimientos.

**H**ERMANOS míos carísimos: «Entiendo que no son de comparar los trabajos de esta vida con la gloria venidera, que se manifestará en nosotros; porque el gran deseo de la criatura espera la manifestación de los hijos de Dios; porque la criatura está sujeta á la vanidad, no de su grado, sino por aquel que la sometió con esperanza; porque la misma criatura será librada de la servidumbre de la corrupción y pasará á la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Sabemos que todas las criaturas gimen y están llenas de dolores, y no sólo ellas, sino también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu Santo, esperando la adopción de hijos de Dios, la redención de nuestro cuerpo.» (Rom., VIII, 18 á 24).

Tal es, amados míos, la Epístola que en la presente Dominica pone á nuestra consideración la santa Iglesia católica. En ella nos muestra el Apóstol San Pablo que las tribulaciones y penalidades de esta vida, por grandes y aflictivas que ellas sean, son como nada en comparación de la gloria que el Señor tiene preparada á los que las soportan cristianamente. Y dando después (por prosopopeya) sentimiento y vida á las criaturas inanimadas, hácenos ver que todas sufren violencia á su modo, y que principalmente nos-

otros gemimos en este valle de miserias, esperando la adopción perfecta de hijos de Dios, y la redención de nuestros cuerpos, ó sea la resurrección gloriosa, con la cual quedarán exentos de la muerte y de los padecimientos, que ahora tanto nos afligen y conturban.

Ya os he indicado en otra ocasión *la necesidad* en que todos nos encontramos de padecer y *el lenitivo* que el mismo Apóstol nos ofrece, diciendo que «*si ahora padecemos con Cristo, después seremos conglorificados con el mismo Cristo*», y por tanto, hoy sólo intento mostraros dos cosas:

- 1.<sup>a</sup> El regocijo que deben causarnos los padecimientos.
- 2.<sup>a</sup> Los motivos para soportarlos con paciencia.

#### PUNTO 1.<sup>o</sup>

##### DEL REGOCIJO EN EL PADECER

Tarea inútil parece querer persuadir á los hijos de Adán que los padecimientos, ya sean corporales, ya espirituales, pueden y deben causarnos cierta complacencia; pues como ellos ofrecen tan mala cara y tanto perturban á la humana naturaleza, fórmase de los sufrimientos una idea equivocada, considerándolos como males absolutos, cuando en realidad pueden ser bienes, y constituir para el hombre rico tesoro de merecimientos.

¿Quién nos envía los padecimientos?—Dios.—Luego no pueden ser en sí mismos cosa mala, porque Dios nada hace malo. «Yo—dijo el Señor en el Apocalipsis—á los que amo, reprendo y castigo (1).» Es decir: «reprendo y castigo á los malos, por el amor que los tengo, para que se hagan buenos; reprendo y castigo también á los buenos, para que se hagan mejores, para ejercitar su paciencia, para aumentar sus méritos, para mantenerlos en la humildad, para hacerles espiar sus culpas pasadas ó para manifestar con mayor brillo mi bondad, mi poder y mi sabiduría». Así aconteció en la resurrección de Lázaro y en otros muchos milagros que el Señor obró con admiración de todo el pueblo.

Donde se ve que las cruces, aunque en verdad sean pesadas á la naturaleza, producen grandes bienes, y en este sentido pueden y deben considerarse como fundamento de temporales y eternos regocijos. Un operario trabaja, suda y se afana todo el día, sopor-

(1) Ego, quos amo, arguo et castigo. (Apocal., IV, 19.)

tando gustoso el calor del verano y el frío del invierno, con la esperanza del premio; pues ¿cuánto más nosotros hemos de sufrir las cruces que el Señor nos envíe, sabiendo por la Epístola de este día que *no ofrecen comparación los trabajos de esta vida, con la gloria futura que el Señor nos tiene prometida?*

Las tribulaciones, indudablemente, nos dan grande semejanza con Cristo crucificado, y esto es ya para nosotros hermosa prerrogativa y dignidad excelsa; pues, como enseña el mismo Apóstol, *si padecemos con Cristo, seremos también con Él glorificados, seremos hijos de Dios; y si hijos de Dios, también herederos suyos y coherederos de Cristo. (Si filii, et haeredes; haeredes quidem Dei, cohaeredes autem Christi.)*

Esto es magnífico, amados míos, y no se estiman bien las cruces de esta vida porque no se consideran lo que valen. En casa del estatuario los santos se hacen á golpes, tal vez á martillazos, ¡y nosotros pretendemos ser santos sin martillazos y sin golpes! Si el mármol fuese inteligente, ¿no debería alegrarse de los golpes del cincel, que cortándole le convierte en hermosa estatua? Si la madera tuviese conocimiento, ¿no sufriría gustosa que el cepillo la devastase, la puliese y la transformase en trono? El justo, pues, debe, en el sentido dicho, alegrarse de las aflicciones y soportarlas con regocijo; porque ellas son para su alma lo que el fuego es para el oro, la lima para el acero, el cincel para la piedra, el cepillo para la madera y el trillo para el trigo.

De igual manera debe regocijarse con las cruces el pecador, pues no hay cosa mejor que ellas, para que deteste sus maldades, se convierta y entre en cordura. «*Dios—dijo el profeta Oseas—cierra con espinas el camino de los pecadores (1).*» Es decir, les circunda la vida con dolores y pesares; ó bien para quitarles las ocasiones próximas de pecar, lo cual es grande misericordia, por más que ellos no conozcan este rasgo amoroso de la divina Providencia y renieguen de ella. Ordinariamente, la adversidad enmienda y corrige á aquellos á quienes una voluntad deprevada había corrompido; y «*así como el hombre al pecar borra lo que es de Dios, así Dios, al castigarle, borra lo que es del hombre (2).*» Luego es innegable que los hombres, tanto los justos como los pecadores, deben gozarse en las tribulaciones de la vida, ó al menos soportarlas con paciencia.

(1) Sepiam viam tuam spinis. (Oseas, II, 6.)

(2) Sicut homo, peccando, rapit quod Dei est; ita Deus, puniendo, aufert quod hominis est. (S. Ansel., Lib. de similitud.)

No quiero terminar este punto, sin confirmarle con algunas sentencias de los Santos Padres. Dicen así: «*Si sois oro, oh cristianos, ¿por qué teméis al fuego? Sólo cuando los golpes del trillo os hayan separado de la paja, apareceréis tal como erais en la espiga. Si sois fruto del olivo, ¿por qué teméis la prensa? Vuestra calidad sólo podrá conocerse cuando el peso aplastador del lagar os separe de las heces (S. Agust., De tempore, cap. III).*» La uva cuelga de la vid y la aceituna del olivo; ambos frutos están destinados al lagar; pero mientras se hallen unidos al árbol, gozando del aire libre, ni la uva se transforma en vino, ni la aceituna en aceite; para que esto suceda, es precisa la acción de la prensa. De semejante manera, los hombres están destinados por Dios á ser semejantes á su Hijo unigénito, y á gozar con Él de las eternas delicias del cielo, pero esto en los adultos no puede ser, hasta que sean prensados y quebrantados con el peso de las tribulaciones; estas son el lagar que los convierte en vino dulcísimo para las bodegas de Dios. (S. Agust., in Psal. LXXXIII.)

Preguntan algunos Doctores: ¿Por qué Job, siendo atormentado por grandes y numerosas tentaciones, salió victorioso de la prueba, y Adán, por el contrario, cedió á una ligera súplica de Eva? San Agustín da la contestación, diciendo: «*Job fué vencedor en un muladar; Adán fué vencido en el paraíso.*» (*Vicit homo in stercore; victus est in paradiso. Homil.*) Lo cual quiere decir, que los sufrimientos sirven para fortalecer el espíritu y salir victoriosos, en tanto que las delicias afeminan y debilitan el ánimo, y el hombre es vencido. Los dolores y las adversidades de Job le afirman en la virtud; las delicias que disfrutaba Adán, preparan su caída y le hacen víctima de la serpiente.

He aquí por qué el grande Apóstol exclamó: «*Estoy inundado de consuelo y reboso de gozo en medio de mis tribulaciones (1).*» Tribulación, sufrimiento y quebranto en el cuerpo; alegría, contento y placer en el espíritu. No dice San Pablo que la alegría proceda de las tribulaciones, sino de que las padecía por amor á Jesucristo. De esta suerte, los Apóstoles, después de haber sido azotados, *se retiraron muy gozosos por haber sido considerados dignos de sufrir aquel ultraje por el nombre de Jesús (2).*» Miremos, pues, nosotros los padecimientos de esta manera, y no podremos menos de consi-

(1) Repletus sum consolatione, superabundo gaudio in omni tribulatione mea. (II Corint., VIII, 4.)

(2) Ibant gaudentes, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati (Act., V, 41.)

derarlos como una misericordia de Dios, como un gran favor de la divina Providencia, que con ellos se propone darnos entrada franca en las mansiones de los cielos.

Pero dejando esto, que tal vez se os imagine muy subido para vuestro pobre espíritu, quiero mostraros que, á lo menos, es preciso soportar las cruces *con paciencia*.

## PUNTO 2.º

### MOTIVOS PARA SUFRIR CON PACIENCIA

Muchos y muy poderosos son los motivos que señalan los doctos para hacernos estimar las tributaciones y llevarlas con ánimo paciente; mas como estas explicaciones dominicales son tan breves, habré de contentarme con indicaros las tres principales, á saber: *la necesidad, la utilidad y la equidad*.

NECESIDAD.—Es necesario, amados míos, padecer *con paciencia*, porque así lo exige el estado de la vida humana, el estado del cristiano y el estado del religioso.

El hombre, en cuanto tal, se halla necesariamente rodeado de tribulaciones, y aun los muy sobrados y ricos en el siglo no pueden eximirse de ellas, pues como dice el Kempis, *de la misma cosa que reciben deleite, de allí las más veces reciben la pena del dolor*. Pues siendo esto así, ¿qué cosa mas racional que soportar con paciencia lo que no pueden evitar con esfuerzos?

Pero mucho más insta la necesidad de ser pacientes, cuando se trata de cristianos; porque es palabra divina que *«por muchas tribulaciones es preciso que entremos en el reino de Dios (1)»*. ¿Queremos entrar en el cielo? Pues el camino es sufrir con paciencia. Oigamos la voz de Jesucristo, tal como nos la propone el piadoso Asceta, por estas palabras:

«Hijo, yo bajé del cielo por tu salvación; tomé tus miserias, no por necesidad, sino por el amor que me traía, para que aprendieses la paciencia y sufrieses sin indignación las miserias temporales. Porque desde la hora en que nací, hasta que morí en la Cruz, no me faltaron dolores que sufrir. Tuve mucha falta de las cosas temporales; oí muchas veces grandes quejas de mí; sufrí mansamente denuestos y afrentas; por los beneficios recibí ingraticudes, por los milagros blasfemias y por la doctrina reprensiones.»

(1) Per multas tribulationes oportet nos introire in regnum Dei. (Act., XIV, 21.)

¿Qué ha de hacer, pues, el cristiano, en vista de las palabras dichas puestas en boca de Jesús?—¡Oh! responder al punto con el mismo Asceta: «Justo es, Señor, que yo, miserable pecador, sufra con paciencia según tu voluntad, y mientras Tú quisieres lleve por mi salvación la carga de una vida corruptible.» (*Imit.*, lib. III, cap. XVIII.)

Y si esto es propio y necesario en los cristianos, ¿qué diremos cuando se trate de religiosos? ¡Ah! Nadie lo ignora; la Religión es un colegio de mortificación, es un gimnasio de paciencia, donde los religiosos todos, mayores y menores, tienen que aprender el arte de hacerse crucifijos. Es decir, de dejarse labrar y purificar, sufriendo golpes y más golpes con paciencia extraordinaria.

UTILIDAD.—Y pasando de la necesidad á la *utilidad*, ¿quién no sabe que la paciencia en las adversidades es utilísima, *ya para curar los vicios, ya para evitar el purgatorio, ya para ejercitar las virtudes, ya para obtener la eterna salud?*

Los vicios, amados míos, son en nuestro espíritu, como una peste en el cuerpo, y el bisturí del cirujano para sanarlos son las tribulaciones. Entienda el hombre, advierte San Agustín, que el Médico es Dios, y que los padecimientos son medicina para la salud y no pena para condenación. Cuando el Médico cura, el enfermo es afligido, padece, llora, clama; mas el Médico no hace caso de los clamores, se hace como sordo, para atender sólo á curarle, á darle la salud; y esto es cabalmente lo que Dios muchas veces hace con nosotros. ¡Dios mío, Dios mío!, decimos, aliviame en estos dolores. ¿Y qué sabemos nosotros si conviene padecer para sanar?

Cuando menos, es innegable que los sufrimientos soportados con paciencia sirven para librarnos del Purgatorio ó para aliviar aquellas penas. Siendo las aflicciones de la tierra mucho menores que las del Purgatorio, ¿quién no acepta con paciencia lo menor para evitar castigo mayor? En este sentido, las cruces son un gran bien, porque nos purifican en esta vida, para evitarnos mayores tormentos en la otra.

Demás de esto, sirve la paciencia en las tribulaciones para adquirir, ejercitar y acrecentar las virtudes; porque así como el fuego, siendo uno solo, obra diversos efectos, según la materia, convirtiendo la paja en ceniza y purificando el oro; así también las tribulaciones consumen á los impacientes, y torna en mejores á los que las soportan con resignación cristiana. La misma paciencia hace fáciles y aun dulces las más difíciles virtudes. Así como el

arca de Noé se elevaba más y más á medida que crecían las aguas del diluvio, de igual manera las almas pacientes y resignadas se elevan en perfección á medida que las aguas de las tribulaciones suben y son más impetuosas.

En cuanto á la utilidad de las cruces para obtener la eterna salud, no hay cosa más clara; pues soportarlas humilde y pacientemente por amor de Dios, tiénese siempre como la señal más cierta de la elección divina para el cielo. «*El Señor—dijo San Pablo—castiga al que ama, y al que recibe por hijo suyo le azota* (1).» Luego el que no reciba con paciencia los sufrimientos, se halla exceptuado del número de los hijos de Dios (2).

EQUIDAD.—Por último, es motivo poderosísimo para sufrir con paciencia, *la equidad* que entrañan las tribulaciones. ¿Somos pecadores? Luego la tribulación, sea ella la que quiera, es justísima pena debida por nuestros pecados. ¿Quién será osado á decir padezco injustamente, porque jamás hubo en mí culpa? Todos, pues, caminando en verdad, podemos y debemos decir, con los tres jóvenes del horno de Babilonia: «*Señor, en verdad y en justicia nos mandas estas penas por nuestros pecados* (3).»

Concluyo, amados míos, diciéndoos con San Agustín: «Si amamos á Dios, hemos de amar lo que hace Dios. Pero si amamos lo que hace Dios, forzoso es que amemos el azote de Dios castigándonos ó probándonos (4).» Una de dos: ó decir que las cruces de esta vida no vienen del Señor, ó amarlas tales como sean, como venidas de su mano bendita. Lo primero es una impiedad; luego las cruces han de ser amadas y aun agradecidas, como rasgos amorosos de la Providencia de Dios para con nosotros.

Tales son los principales motivos que tenemos los cristianos para sufrir las cruces con paciencia, siendo lo mejor abrazarlas con regocijo, á semejanza de muchas almas generosas, que amando tiernamente á Jesús, nada hallan más agradable ni más dulce que padecer por su amor, como El padeció por el nuestro.

Pidamos al Señor esta gracia de lo íntimo del corazón, y de esta manera haciéndonos semejantes á Jesús, El derramará sobre nos-

(1) Quem diligit Dominus, castigat, flagellat autem omnem filium quem recepit. (Hebr., XII, 6.)

(2) Si exceptus es a numero fidelium. (S. August., Lib. de Pastor.)

(3) In veritate et iudicio induxisti omnia haec propter peccata nostra. (Dan., III, 28.)

(4) Si Deum diligit, quod facit Deus, diligit. Et si quod facit Deus diligit, disciplinam Dei flagellantem te diligit. (S. August., Serm. De visit. infirm.)

otros el dulce rocío de los divinos consuelos, y nuestras cruces, de suyo penosas, se tornarán en suaves delicias, como premio anticipado á los eternos deleites de la patria celestial. Amén.

## HOMILÍA 1.<sup>a</sup>

### Para el Domingo V después de Pentecostés.

#### De la oración (1).



**A**MADOS hermanos míos: El Principe de los Apóstoles, después de haber dado á las personas inferiores las instrucciones convenientes para no faltar en nada á las superiores, y á los casados las relativas á sus reciprocas obligaciones, extiende su palabra á todos los cristianos y les determina las principales virtudes para la vida social que necesariamente hemos de tener los unos con los otros. Dice así:

«*Hermanos: Estad todos unánimes en la oración; compasivos, amadores de la hermandad, misericordiosos, modestos, humildes. No volviendo mal por mal, ni maldición por maldición; sino por el contrario, bendiciendo á los que os maldicen; pues para esto habéis sido llamados, para que poseáis la bendición por herencia. Porque el que quiere amar la vida, y ver los días buenos, refrene su lengua de mal, y sus labios no hablen engaño.*» (I Petr., 8 á 10.)

Brevísimas, carísimos hermanos, son las palabras de San Pedro que acabáis de oír; pero ¡cuánta enseñanza encierran! No es posible detenernos en cada una de las virtudes que en ellas se enumeran, pues son tantas y tales, que merecen un año entero de predicación, y, por lo mismo, habré de ceñirme tan sólo á la primera, ó sea á *la oración*, para lo cual me propongo declararos dos cosas:

1.<sup>a</sup> La naturaleza y excelencia de la oración.

2.<sup>a</sup> Algunas condiciones para hacerla bien.

(1) Véase nuestra obra *La vida feliz*, tomo IV, desde el capítulo IX al XXI.